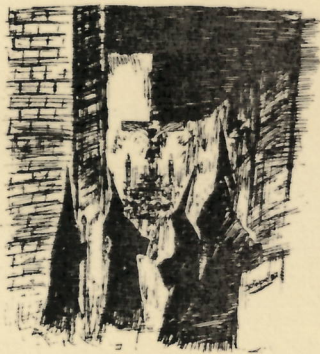


tristeza



INTENTAR un análisis de la profunda tristeza de Jesús en la noche de Getsemaní, es una pretensión que para algunos puede resultar fácil, pero que a mi me produce honda perturbación y desconcertada inquietud. ¿Cómo es posible que todo un Dios, poderoso e invencible, creador de un mundo inmenso sin confines, pueda sentir tristeza, dolor? ¿Cómo es posible que a sus ojos, con cuya sola mirada podría deshacer todo lo existente, afluyan lágrimas angustiadas?

Se arguye, como justificación, su naturaleza humana. A mi, que ni soy ni pretendo ser teólogo, la razón no me convence. El sabe que su poder va más allá de la muerte y no puede este hecho, previsto además, causarle tal estado de ánimo; como tampoco se lo causa al simple y humilde hombre que, por sus ideales, llega hasta el sacrificio supremo sin la menor vacilación. Ejemplos múltiples existen a lo largo de la Historia.

Entonces, descartado ese argumento,

para mí tiene que existir otra más sutil causa. "Triste está mi alma hasta la muerte", dice; la expresión rezuma tal amargura, tan inmenso dolor psíquico, que su lectura contagia e impregna nuestro corazón, nuestra propia alma de la misma inconsolable e infinita tristeza.

La tristeza puede tener muy variados orígenes: una desgracia, la pérdida de algún ser querido o de una amistad... La certeza de la propia muerte provoca miedo, temor, pánico y aunque pueden ir acompañados tales sentimientos, también, de tristeza, no es ésta la que predomina. En Jesús, naturalmente, no podía existir miedo ni ser su ya determinada y necesaria pasión el motivo del desconsuelo, manifestado con tanta fuerza e intensidad.

Ocurre, pues, si el razonamiento es correcto, que el motivo de esa tristeza, para cuya definición y delimitación no existen palabras en el idioma, ha de ser otro distinto al temor de la muerte que El mismo escogió.

"Mi alma está triste..."; y para matizar y dar mayor expresividad, añade "hasta la muerte". Pero ¿cuál es la génesis de esa tristeza sin comparación ni medida posibles?... A lo largo de su vida, que todos conocemos, predicó y dió amor, justicia, paz, bondad, amistad... Se derramó, en espléndido derroche sin reservas ni distinciones, a todos; sentó las bases de un mundo nuevo con valiente energía, donde el egoísmo, la maldad, la egolatría, no

podían tener cabida. Y sin embargo... Los hombres todos, los que le trataron, conocieron y convivieron con El; los que le seguían y aclamaban en los días de triunfos y de milagros; incluso aquellos más íntimos que habrían de constituir el basamento, la piedra donde se asentara su doctrina, llegarían a abandonarle y hasta negar, de forma reiterada, vinculación con El. Conociendo esta poco ejemplar realidad y aproximándose los sucesos con inevitable fatalismo, resulta explicable que El —la bondad y la valentía misma— sintiera decepción por el comportamiento del ser humano, por la cobardía del amigo, del hermano, del hombre; del hombre de entonces, de ahora y de siempre, que continuamente lo abandona, le olvida y le vuelve las espaldas... De ahí su "tristeza hasta la muerte", que es un morir de tristeza; de tristeza sin fronteras, sin término, sin fin, porque *no* fin, ni término, ni espacio temporal, tienen la inconsciencia, la inconstancia y el egoísmo de todos nosotros.

Y así debió ser porque en el trance final, cuando ya los ojos, con visión turbia y difusa por la agonía, apenas pueden distinguir el seco paisaje ni el oscuro cielo, hace un esfuerzo sobrehumano para rogar por quienes "no saben lo que hacen".

Resulta sorprendente como la imaginaria popular, cuyas obras en estos días de Semana Santa salen a nuestras calles, recordando el hecho más vil de todos los tiempos, ha sabido, con intuición admirable, captar esa tristeza de Jesús. Mirad, **en la jornada del Viernes, los ojos del Nazareno**. No muestran tanto el dolor físico de los golpes, ni el agobio del peso de la cruz, ni el escozor de las heridas de la corona de espinas... Descubren la dolorida decepción de quien habiéndolo dado todo al ser humano, se ve negado y objeto de mofa y crueldades, sumido en la más absoluta y terrible de las sole-



dades. Y entonces se llena de congoja, de desilusión y afloran las lágrimas a sus ojos y el llanto a su reseca garganta, porque aquéllos a quienes amó, por los que luchó, por los que da la vida, huyen cobardes a esconder su miedo y su vergüenza... "Triste está mi alma hasta la muerte..." ¿Qué otra cosa podía sentir?.

Miguel MOLINA

1.983

«TORRALBO»

agradece a las firmas
anunciantes su colaboración
valiosa, muestra
de su amor por nuestra
Semana Santa